

Una carta de Tomás Carlyle

CONSULTADO EN CIERTA OCASIÓN POR UN JOVEN ACERCA DE LAS LECTURAS MÁS CONVENIENTES, TOMÁS CARLYLE, EL FAMOSO HISTORIADOR Y PENSADOR INGLÉS, LE RESPONDIÓ CON UNA CARTA QUE TUVO VASTA DIFUSIÓN EN SU PATRIA, POR LO MISMO QUE CONSTITUYE, MÁS QUE UNA GUÍA BIBLIOGRÁFICA CONCRETA, UN MENSAJE MORAL PARA LA JUVENTUD. FUE TRADUCIDA AL FRANCÉS Y LA HAREMOS CONOCER AHORA EN CASTELLANO, SEGUROS DE CONTRIBUIR A LA BUENA ORIENTACIÓN DE MÁS DE UN LECTOR INDECISO.

HE AQUÍ LA RESPUESTA DE CARLYLE:

«Me satisfaría verdaderamente poder secundar con mi consejo las tentativas generosas que usted hace para perfeccionarse; desgraciadamente, una larga experiencia me ha convencido de que los consejos tienen, en general, poca utilidad, pues es muy raro, por no decir imposible, que sean bien dados, desde que nadie puede conocer tan perfectamente el estado espiritual de otro como para colocarse en su lugar; de suerte que el consejero más sensato y mejor intencionado se dirige casi siempre a un personaje imaginario.

Por eso me es casi imposible decirle algo preciso, a usted, a quien apenas conozco, respecto de los libros que debe leer. Le recomiendo, sin embargo y con toda firmeza, que permanezca fiel al hábito de la lectura.

Cualquier libro bueno, cualquier libro más adoctrinado que usted, le enseñará algo, y quizá mucho, más o menos indirectamente, si su espíritu está abierto a la instrucción.

Considero justa y de aplicación general esta sentencia de Johnson: «Leed el libro que una curiosidad y un deseo honestos os induzcan a leer». Ese deseo y esa curiosidad son, en efecto, el índice para aprovechar bien un libro.

Se ha dicho también que «nuestros deseos son los presentimientos de nuestras aptitudes». Es un buen aforismo y, en el sentido en que debe comprendérselo, un vigoroso estímulo para todos los hombres sinceros; y es aplicable no sólo a nuestros deseos y al esfuerzo que debemos hacer para instruirnos por la lectura, sino también a cualesquiera direcciones de nuestro espíritu.

Entre las cosas más dignas de su atención, dedíquese con viva esperanza a la que le parezca mejor, más hermosa y admirable. Siguiendo esta norma, tras muchas experiencias (honestas, varoniles, no pueriles, ligeras e inconsistentes), reconocerá usted poco a poco qué es lo más digno de admiración en realidad, cuál es moral e intelectualmente su elemento, su verdadero terreno, qué es, en suma, lo más provechoso para usted.

Repite convencido que todo deseo sincero y honesto es una advertencia de la naturaleza que debe tenerse muy presente. Pero es necesario distinguir entre los deseos auténticos y los falsos.

Los médicos nos permiten alimentos excitantes de un verdadero apetito y nos prescriben, en cambio, abstenernos de lo que deseamos por una falsa apetencia. Los lectores débiles, ligeros, que van de libro frívolo en libro frívolo, no logran nada bueno de ninguno de ellos y se perjudican con todos: se los puede comparar a esas personas irrazonables y enemigas de su propia salud, que se complacen en dejarse llevar por su inclinación irreflexiva a las golosinas y especias, cuando su apetito real exigiría alimentación nutritiva y sólida.

Con la reserva de este comentario, le recomiendo, pues, el consejo de Johnson.

Y ahora le daré otra opinión.

Los libros son, en verdad, la historia de los hombres, la historia de sus ideas y de sus actos; en esa enseñanza desembocan, al fin, todas las lecturas, cualquiera sea su naturaleza. En este sentido, se puede recomendar los libros de historia propiamente dichos como lo preliminar de cuanto esperemos encontrar en ellos. Comience, pues, el joven lector por la historia y, en particular, por la de su país. Entréguese ahincadamente a ese género de estudios y verá salir de ellos, como las ramas de un tronco, un sinnúmero de conocimientos. Se habrá situado así en una ancha y elevada pla-

taforma, desde la cual descubrirá amplios espacios y podrá elegir fácilmente el lugar en que le convendrá quedarse.

No se desanime si, mientras procura instruirse, cae en error, si reconoce haber seguido una dirección equivocada. Esto le ocurre a todos los hombres, en sus estudios igual que en tantos otros órdenes. Percatarse de un error es ya una beneficiosa experiencia.

Quien se aplica al bien sinceramente, virilmente, no tarda en sentirse capaz de obrar mejor. En verdad, los hombres deben cultivarse y mejorar sólo mediante esfuerzos incesantes. Materialmente, nuestra marcha es un titubeo, una tendencia a caer, y al mismo tiempo un esfuerzo para levantarnos, para mantenernos erguidos, hasta que llegamos a saber asentar nuestros pies sobre la buena ruta. Este es el emblema de todas nuestras empresas en la vida.

Para terminar, le recordaré que con la ayuda de los libros únicamente, o mejor dicho gracias a ellos principalmente, no se llega a ser hombre. Estudie para cumplir fielmente, en cualquier situación en que se encuentre, los deberes que le sean impuestos de modo directo o indirecto.

Si se le asigna un puesto, manténgase en él leal, resueltamente, como un soldado. Devore en silencio las penas que lo acometan. Estamos expuestos a pruebas dolorosas en las diversas condiciones de nuestra existencia, pero debemos estar siempre firmemente dispuestos a no abandonar nuestra tarea. Por la acción se arriba con mayor seguridad a la perfección que por la lectura. Veo crecer una raza de hombres dispuestos a conciliar, a reunir esos dos medios infalibles de progreso: cumplir con inteligencia y valentía los deberes del presente, y a la vez prepararse, por la cultura, para obras más importantes cuando estén a su alcance.

(Tomado del Boletín de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, de Buenos Aires, N°. 38. Abril - Mayo 1941).